

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

El colmo de la sandez

Ha bastado que lo previsible derrote en las urnas a lo previsto para que la incultura política manifieste todo su esplendor en la clase dirigente y en los agentes de la opinión pública. Los que se equivocaron antes del evento electoral, cosa explicable sin vergüenza ni desdoro intelectual, rivalizan en proclamar ahora solemnes majaderías como sumos pontífices de la sandez. No se puede exhibir más ignorancia ni acumular más falsedades en una semana. Empecemos por esa absurda sabiduría o voluntad electoral del pueblo. La suma de la inteligencia y voluntad de los votantes no produce algo distinto, salvo en volumen, de las que tienen. Así, los votantes del PP y del PSOE han querido dar la mayoría absoluta al partido de su preferencia, añadiendo su voto personal al de otras intenciones semejantes. La decisión de los diecinueve millones de españoles que no han conseguido el Gobierno que pretendían, ha fracasado. Si se atribuye al pueblo la decisión de no dar a nadie la exclusiva del Gobierno, su voluntad ha sido interpretada exclusivamente por IU y los partidos nacionalistas que no querían un Gobierno de mayoría absoluta. En tal caso, la voluntad general es la de una minoría de votantes que, partiendo de la falta de voluntad de gobierno de IU, ha puesto el destino de España en la voluntad personal de Pujol.

★

Esa fantástica identidad de la voluntad general de los españoles con la particular de Pujol conduce al imperativo categórico de tener que pactar el Gobierno de Madrid en Barcelona. Allí deben ir todos los aspirantes a participar en el poder español del nacionalismo catalán de derechas, porque allí está residenciada, por decisión electoral, la voluntad de la «generalitat» española. En consecuencia, no puede ser Aznar, cuya voluntad de mayoría absoluta ha sido desautorizada por el pueblo, quien debe pactar su Gobierno con Pujol. Es Pujol, como único intérprete de la voluntad general española, que quiere un Gobierno de coalición, quien debe componer el poder gubernamental del Estado, pactándolo en primera instancia con Aznar, si este acepta sus condiciones. La sabiduría y la madurez del pueblo español, que no puede equivocarse nunca, llega por fin, tras la aberración de la mayorías absolutas de los gobiernos socialistas, a la plena democracia. Que, como todo el mundo sabe, no es el gobierno por medio de la discusión, votación y decisión de la mayoría, sino el arte de la composición, de la negociación, de la transacción y del pacto mediante el diálogo y el reparto del poder y de los bienes públicos. Por fin se recupera el espíritu de la transición pactada y del consenso en el reparto. Pujol encarna hoy a Suárez.

★

Nunca ha existido algo tan hermoso como este espectáculo del pueblo dando el poder sobre España a la más desprendida de sus minorías, a la única que ha procurado el bien común español, a la que mejor ha defendido el pluralismo nacional, lingüístico y cultural de España, a la que no ha conocido la corrupción, el clientelismo ni el abuso en los medios de comunicación, o sea, a la minoría catalana pujolista. ¿Que idea más inteligente ha tenido el pueblo español para atajar de raíz la cuestión de la unidad nacional! Ante tanta madurez del pueblo, ¿cómo pensar que pueda rectificar su sabia decisión en nuevas elecciones? Ante la suerte de contar con el hombre providencial catalán, ¿a qué antipatriota se le puede ocurrir la idea de que Anguita asuma el papel de Pujol? Comparada con la generosidad de pasar la página de la corrupción y de los crímenes del Gobierno anterior, ¿quién puede tener la mezquindad de proponer un Gobierno PP-IU para limpiar de felpismo al Estado y reducir el déficit sin menoscabo de la asistencia social? Lo que España necesita es pactar. Nada de programas limitativos o de ideas condicionantes de la voluntad de pacto. La única moralidad está en la voluntad de pactar y de repartir. ¿Esa es la democracia a la española!

TRIBUNA LIBRE

La verdad de los bonsáis

[JORGE DE ESTEBAN]

HACE cosa de dos meses la noticia pasó casi desapercibida: el presidente González acababa de donar su famosa colección de bonsáis, cuidada con tanto mimo y esmero, al Jardín Botánico. El gesto era totalmente elocuente y no venía a significar sino que Felipe González no tenía ninguna duda de que después del 3 de marzo, debía desalojar La Moncloa al estar plenamente convencido de que el PP ganaría las elecciones.

Este convencimiento era entonces compartido por la mayoría de la población y, por supuesto, por casi todas las formaciones políticas. Las encuestas, publicadas o no, tendían a confirmar este diagnóstico y la única duda era la de saber si la mayoría que obtendría el PP sería la «suficiente», que reivindicaba Aznar, o la «absoluta», por la que suspiraban muchos.

Se comprende así la ola de estupor que recorrió España en la noche del pasado 3 de marzo, cuando los resultados de las elecciones señalaron la victoria «por los pelos» del PP. Estupor que manifestó, incluso antes que los dirigentes del PP, los propios del PSOE, comenzando por Felipe González, cuando dijo que agradecía el voto de tantos seguidores «después de lo que había llovido». Y, por su parte, Alfonso Guerra, cultivador de frases

pomposas, expresaría también que «nunca una victoria había sido tan amarga y una derrota tan dulce». La euforia que les embargaba contribuyó sin duda a difuminar vaporosamente los contornos del dato principal: por primera vez desde la guerra civil se había desalojado del poder, mediante las urnas, a un presi-

dente del Gobierno. En efecto, además de que Franco murió en la cama, el almirante Carrero Blanco fue asesinado, Carlos Arias fue prácticamente destituido por el Rey, Adolfo Suárez dimitió y Leopoldo Calvo-Sotelo cedió su puesto, como candidato, a Landelino Lavilla. La consecuencia es muy clara: si como mantiene Karl Popper la esencia última de la democracia consiste en «echar, a través de los votos, a un gober-

nante», a partir del domingo último nadie puede dudar ya de que en España vivimos en una democracia, un tanto *sui generis* si se quiere, pero democracia en suma. Cierto, como digo, que, después de los escándalos y abusos de los últimos trece años de gobiernos socialistas, se esperaba que la derrota sería mucho mayor, según pronosticaban las encuestas y el mensaje de los bonsáis. Si no sucedió así se debe a alguna causa que conviene analizar. Una primera explicación consistiría en negar la validez de los sondeos electorales, bien por incompetencia de quienes los hacen, bien porque los encuestados mientan al ser preguntados sobre su intención de voto. En mi opinión, no se trata, en el caso actual, de ninguna de las dos causas, aunque siempre puede haber excepciones. Creo, por el contrario, que los sondeos son víctimas de sí mismos, pues todo hace suponer que muchos electores indecisos no acabaron votando al PP, bien por miedo a que este partido alcanzase la mayoría absoluta que se pronosticaba, bien como efecto de los vídeos sectarios del PSOE que, como dije en su momento, no se deberían haber permitido.

El hecho es que «el pescado no estaba vendido» mucho antes de las elecciones, como se dijo con tanta frecuencia, y que votantes con intención de votar al PP acabaron cambiando su sufragio hacia otros partidos o

Por primera vez desde 1939 se ha desalojado a un presidente de Gobierno por las urnas

REVISTA DE PRENSA

J.J. NAVARRO ARISA

El «Tet» de Moscú y un alivio ¿fugaz?

El 19 de febrero, según la milenaria Astrología china, dejamos atrás el Año del Cerdo (dicho sea sin intención alusiva ninguna) y entramos en el Año de la Rata (idem), que, pese a lo desagradables que puedan resultar los roedores, indica para los chinos una situación propicia para los cambios de gobierno y para la prosperidad económica. Pero no nos apresuremos a exclamar alborozados «¡Maastricht: allá vamos!», porque esto de los buenos augurios es muy relativo. Hace 28 años, la ofensiva desencadenada por los comunistas en Vietnam precisamente durante las celebraciones del *Tet* (año nuevo lunar: terminó el Año de la Cabra y comenzó el del Mono) hizo desaparecer cualquier esperanza de victoria militar norteamericana en el sudeste de Asia.

Este año, la sorpresa armada del *Tet* la han dado los independentistas chechenos, que tienen en jaque al ejército ruso y han llegado a reconquistar —siquiera por poco tiempo— la «pacificada» (y devastada) capital, Grozni. La mejor prueba del fiasco ruso es que una reunión entre el dirigente checheno prorruso *Doku Zavgáiev* y el ministro del Interior de Moscú, *Anatoli Kulikov* tuvo que realizarse en una base aérea a 8 kilómetros de la capital, según informa *Pilar Bonet* en *El País*. El fracaso del otro-temible aparato mili-

tar ruso es tanto más notorio cuanto que, como apunta la citada corresponsal, «la política de Moscú en Chechenia está dominada por los militares».

Pero no sólo hay ruido de sables en el Cáucaso. Las dos Chinas celebran también el *Tet* con distintas manifestaciones de pirotecnia política. Taiwan celebra unas elecciones en las que la declaración de independencia [la isla no sólo es formalmente parte de China: su Estado se reivindica como depositario de la legalidad] se mancha como una consigna electoral, aunque es difícil

que un gobierno llegue a proclamarla. Pekín, por su parte, hace pruebas de misiles —pirotecnia contundente— en aguas próximas a Taiwan y proclama sus intenciones de afirmar su soberanía, pero es poco probable que se llegue a un acto de guerra. El *International Herald Tribune*, que se hace eco del forcejeo político-militar, analiza la situación en clave económica y con preocupación: cualquier estallido violento del contencioso chino implicaría a Estados Unidos, Japón y Corea y pondría en peligro la pujanza de las economías asiáticas.

Más cerca de nosotros, casi todos los diarios europeos consultados informaban ayer muy sucintamente de la manifestación que reunió a 20.000 personas el sábado en Belgrado para pedir la dimisión del «caudillo» serbio *Slobodan*